

ACTAS DEL III CONGRESO
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
(Salamanca, 3 al 6 de octubre de 1989)

Edición al cuidado de
María Isabel Toro Pascua

Tomo II



SALAMANCA

BIBLIOTECA ESPAÑOLA DEL SIGLO XV
DEPARTAMENTO DE LITERATURA ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA

1994

ISBN: 84-920305-0-X (Obra completa)

ISBN: 84-920305-2-6 (Tomo II)

Depósito Legal: S. 1014-1994

Imprime: Gráficas VARONA
Rúa Mayor, 44. Teléf. 923-263388. Fax 271512
37008 Salamanca

**Gerba, Atenes, Constantinoble: tres viajes por los diplomas,
crónicas y narrativa catalana
(ss. XIV–XV)**

Juan Miguel RIBERA LLOPIS

Viaje I: Djerba. Doble línea de arena contra el horizonte cóncavo de Gabés. «Odiseo», por su cuenta, relata que, más allá del cabo de Molea, «...dañosos vientos lleváronme nueve días por el ponto, abundante en peces; y al décimo arribamos a la tierra de los lotófagos, que se alimentan con un florido manjar» (*Odisea*, canto IX). Entre la íntima impresión del viajero contemporáneo y la referencia mítica del héroe homérico debe haber una sintaxis narrativa que espacialice el escenario norteafricano, cualquier espacio geográfico. Su construcción en romance catalán crece por una superposición de *registros lingüísticos* que se elevan sobre diversas necesidades para instalarse en diferentes cuotas de formulación. En diplomas cancillerescos el topónimo, casi cualquier topónimo, es un punto de referencia desde el cual se proyecta o sobre el que recae una acción histórica que, en el texto, se justifica por sí misma. La que ocupa el afán de la escritura mientras las referencias al lugar se simplifican sobre el conocimiento implícito que su propio nombre transmite. Instalados en el *registro cancellesco*, a Alfons V y «lo Rey de Tunís», puestos a batallar por la posesión de Djerba, les basta con ubicarse antes en la isla disputada. El tunecino advierte desde afuera al invasor «...que no es la yla de Gerba d'aquest rey...», mientras el Magnànim se reafirma en sus intenciones desde «...aquí en la yla de Gerba»¹. La urgencia del embate entre los enemigos puede hacer prescindir de cualquier cotejo, mero alarde para quienes ya se divisan sobre el campo de batalla. La inmediatez del escenario, la mirada de los interlocutores que imaginamos helada, sintetizan la escritura en torno a Djerba, isla que difícilmente existe como paisaje según esos textos para quienes no estén implicados en la doble redacción y recibo de los documentos. Como espectadores, estamos ante una imagen de superficie plana.

Escribir no tanto para hacer la historia como para informar de ella, puede someter la escritura a un ejercicio descriptivo que amplíe los márgenes informativos de la antes elíptica geografía. No siempre sucede lo esperado. El cronista no pocas veces salta entre puntos diversos que imaginamos deslumbrantes apuntando escuetamente jornadas de viaje. Ramon Muntaner lo hace, incluso

¹ Biblioteca Nacional de Madrid, miscelánea de manuscritos núm. 7811, págs. CCXXXV y CCXXXVI.

Ramon Muntaner. Pero, cuando al cronista se le cruza la retórica preestablecida de la crónica con la propia experiencia, esos márgenes pueden flexibilizarse. En particular cuando a esa experiencia, que se ha dado también por otros lares, se añade un atisbo de inclinación por un paisaje. Ese puede ser el caso que desvela el encuentro Muntaner–Djerba, del cronista y la isla de la que ha sido «capità». Ramon Muntaner que, como estratega, ha podido incidir en la descripción de otros lugares, aquí muda su perspectiva.

El *registro cronístico*, potenciado en sus esquemas por la implicación del autor, avanza de este modo hacia una especialización tridimensional. Mediante un predicado nominal –«...una illa qui ha nom Gerba, qui era del rei de Tunís»– y otro circunstancial –«...E no cuídets que de tot sía illa, que tant és prop de la terra ferma...»²–, Ramon Muntaner dibuja sobre el papel una superficie que se ahonda a medida que nos habla de ella en un registro coloquial, se refiere a sus pobladores que ya no parecen ser los pacíficos indígenas del texto homérico, o la adorna con diversas construcciones o «castells»³. El cronista es el primero en estar realistamente preparado para adentrarse en ese espacio, y según aseveración real, porque «...sabets de sarrains e parlar sarrainesc»⁴. Y es él quien va modificando su propia naturaleza de administrador para relatar pormenores de incidencia más ambiental que política⁵. Hecha esa expedición de reconocimiento, que a nosotros nos llega mediante el desplazamiento temporal del discurso histórico, Ramon Muntaner truca la relación presente–pasado y nos invita a adentrarnos en el espacio de la acción desde el espacio de la lectura: cuando decide trasladar a su esposa a Djerba⁶, el lector, extraño como ella a la experiencia del autor, queda citado para entrar en la isla por él visualizada más allá del topónimo.

«Curial», tiempo después, escritura después, debe haber divisado la isla. Naúfrago y cautivo «...devant Trípol de Barberia», junto con otro sobreviviente «...comprats per un moro estranger, lo qual dins terra més de quaranta legues los mè», fueron después vendidos «a un cavaller de Túniç [... que] a Túniç los menà»⁷. En su recorrido por tierra o por mar hacia Túnez, la línea del golfo le habrá hecho asomarse sobre Djerba. Pero de la magnífica descripción de la tempestad hasta la ambientación de «les ortes» y la «...casa gentil e molt bella, nova, flamant e tan blanca com una coloma»⁸, donde surgirá el amor inútil de «Camar» y estableciendo como establece tantos tópicos para la novela morisca cervantina, el autor no advierte, para mi desdicha, nada. El *registro narrativo*, en este caso desplegado mediante la superposición de imágenes y juegos de adjetivación y símiles, no se aplica a Djerba.

La incursión en la isla, por tanto, sólo cabe cuando estamos en manos de la rememoración. Es la puerta que abre Ramon Muntaner. También, incluso, Alfons

² *Les quatre grans cròniques*, ed. F. Soldevila, Barcelona: Selecta, 1971, págs. 774, 775.

³ *Ibidem*, págs. 775, 889.

⁴ *Ibidem*, pág. 892.

⁵ *Ibidem*, pág. 895.

⁶ *Ibidem*, pág. 896.

⁷ *Curial e Güelfa*, ed. R. Aramon i Serra, III, Barcelona: Barcino, 1933, págs 97–98.

⁸ *Ibidem*, pág. 98.

V cuando ha de transmitir a la corte la celebración de la batalla que antes sólo motivó las escuetas misivas. Su carta a la reina, su esposa, en septiembre de 1432⁹ es una descripción detallada y agitada del enfrentamiento en torno al «moll o pont» que ya atrajera la atención del cronista, desde las primeras «bregues o escaramuses» hasta la gran batalla. La prosa del Magnànim resalta la insularidad de su posición dentro de la insularidad de Djerba: si «lo dit rey de Tunîç feu moure als seus brega molt estreta de la part on ell stava, [...] així mateix havia orde que los de la Illa moguessen brega de la altra part». Su prosa, no obstante, irá dando también noticia de la creciente victoria, mientras van cayendo las empalizadas levantadas por el tunecino, los enemigos huyen hacia el próximo continente y otros se lanzan al mar con un final concisa e impresionantemente resuelto. El monarca cuenta con tópicos de capítulo bélico pero con tensión de personaje partícipe de la peripecia narrada. Su rememoración, ubicada para el lector moderno en el texto previo de Ramon Muntaner, tiene un aliento que permite la visualización de su empresa. Si «Curial», y perdonen que insista, no hubiera pasado preso por Túnez, esa era batalla que le correspondía y empresa que el ejercicio intertextual le hubiera permitido apropiarse. Quizás lo haya hecho. Todo ello, hipótesis en torno a una *sospecha* de la Dra. Júlia Butinyà que aquí no corresponde desvelar.

Viaje II: Atenas. En la ancestral cuna del saber no se siente el mar. Hay que bajar al Pireo. Hay que zarpar desde el Pireo. Ayer, Hidra. Mañana, tal vez, Míkonos. Ante el medioevo occidental Atenas, más que un enclave estratégico, es el eco de una antigua capitalidad. Un eco atenuado que, hace tiempo, transformó su saber en helenismo para que resonara desde Alejandría y trasladó el eje político a Constantinopla. Atenas semeja, como mucho, un punto de enlace sumergido en la historia de los demás –turcos y cristianos conducidos por un impulso más inmediato–, historia en la que naufraga todo un pasado. K. M. Setton¹⁰ plantea por qué durante el siglo XIV viajeros y soldadesca que por allí transitaban muestran tan poco interés por datos y monumentos de la historia ateniense; se responde que su presencia ha quedado, para entonces, globalizada bajo el concepto de latinidad y dentro de ese ideal universalizante no había marcas de diferencia. Lo cual tal vez no sea del todo cierto pues algún grabado existe del Partenón, arquitectónicamente reconvertido en templo cristiano. En cualquier caso, la ciudad, su monumento señero «...vetllava'l seu letàrgich somni de mort»¹¹ en palabras de A. Rubió i Lluch, espectro del que, efímeramente, sólo despierta con la presencia catalana e italiana.

⁹ A. Giménez Soler, *Itinerario de Alfonso V*, Zaragoza, 1909, págs. 115–118.

¹⁰ K. M. Setton, *Catalan Domination of Athens. 1311–1388*, London: Variorum, 1975, págs. 258–259.

¹¹ A. Rubió i Lluch, *La Acrópolis de Atenas en la época catalana*, Barcelona: Imp. Barcelonesa, 1908, pág. 7.

El Ducado de Atenas, fundado en 1205 por Ot de la Roche, será conquistado por la Companyia Catalana y en la batalla de Cefis en 1311. Mantenido hasta 1388, pasará después a manos florentinas. Durante ese período, intereses económicos y lazos políticos, propician la presencia de «Atenes», «Cetines», «Thenes», «Tanes» o Atenas en los documentos de la cancillería catalano-aragonesa. En ellos se amplían los márgenes sistemáticos del *registro cancelleresco*. Atenas es un topónimo mimado en ese sentido pues, mientras, además de no darse descripción de los espacios, prácticamente de casi ningún otro suele darse la referencia concreta de lugares exactos, en este caso, lo que en los diplomas en latín se llama «castrum civitatis Athenarum», en catalán se denomina «ciutat i castell de Cetines»; espacio concreto, no mera denominación toponímica, que traza su plano interno al citar construcciones específicas como el «palau del castell de Cetines» o Propíleos, «capella de Sant Bartomeu» o Pinacoteca y «Seu de Santa Maria de Cetines» o Partenón. Entre esos puntos de referencia debieron tener cabida multiplicidad de vivencias que, adobadas con la visualización que implica la oralidad, escenificadas quizás sobre los referidos grabados, trasladaron la imagen de aquel espacio a la corte catalano-aragonesa. De los «colloqui» –tratados en otro trabajo¹²– entre los viajeros y los cortesanos, entre los viajeros y el rey, surge el texto que, montado sobre una elipsis, nos transmite la fascinación que levantaron aquellos relatos. Los «colloqui» no fueron transcritos, contaron lo acaecido en el Imperio Griego o relataran las maravillas de la tierra del Preste Juan. La escueta pero relevante información de los diplomas cancellerescos es el nexa referencial, no obstante, de su elíptico contenido y sobre el cual se pueden entender unos documentos, del propio Pere III, que, resultado de la información fascinante y fascinada con que se la habría encandilado en no pocas ocasiones, van más allá de los márgenes de escritura que parece imponer el *registro cancelleresco*.

Del once de septiembre de 1380 es el conocido diploma por el que el monarca ordena se concedan al obispo de Atenas los «homens d'armes» necesarios para defender el «castell de Cetines», «...majorment con lo dit castell sia la pus richa joya qui al mont sia...»¹³. De este modo, desde la distancia, Pere III asume la experiencia relatada de otros y entra con su espíritu en aquel espacio. Espacio al que, una vez entrado, gusta cuidar y defender con un atisbo de preferencia por encima de la ayuda debida a otras colonias catalanas del Mediterráneo oriental. A medida que la situación de los antiguos ducados va haciéndose políticamente más inestable, Pere III cursa escritos dirigidos a Neopatria, Salona y Atenas. El motivo es el mismo, la promesa de la ayuda largamente requerida. El documento sellado para Atenas marca la diferencia mediante la insistencia de sus deseos e intenciones.

¹² J. M. Ribera, «Configuración del concepto de 'viaje' (Docs. y dipl. cats. S. XIV)», *Revista de Filología Románica*, 7 (1990), págs. 301–308.

¹³ *Diplomatari de l'Orient Català (1301–1409)*, ed. A. Rubió i Lluch, Barcelona: I.E.C., 1947, dipl. DCIV.

...volem e us manam que guardets e tñgats lo castell e ciutat de Cetines *curosament* [...] e certificats nos de totes aquelles coses que sien necessaries al *bon estament e conservacio del dit castell* de la ciutat...¹⁴.

Ni el adverbio ni la reiteración final se hallan en los sendos documentos para Neopatria y Salona. De esa manera indirecta, haciendo pensar al lector moderno la imagen maravillada que de la Acrópolis tendría el Cerimoniós, la elíptica espacialización por él construida va, desde los límites circunscritos de su registro lingüístico, más lejos de lo que podrán alcanzar ni el cronista metido a memorialista, ni el narrador puesto a topificar. La sugerencia, en este caso, vence sobre la rememoración y sobre el tópico literario.

Entre los capítulos CCXL y CCXLIV de su *Crónica*, Ramon Muntaner cuenta la toma y constitución como catalán del Ducado de Atenas en manos de la Companyia. Narra, ágil aunque escueto, el enfrentamiento de Cefis. Se preocupa por la acelerada sucesión de personajes a su frente. Entre lo uno y lo otro caben no pocas de aquellas vivencias antes presupuestas y ahora presentadas como sesgos breves pero animadores del decurso temporal recordado. Si bien Ramon Muntaner se preocupa por insuflar de vida el lapsus de tiempo traído a sus páginas mediante la aparición efímera de sucesivos personajes, nada parece importarle el espacio en el que éste se consumió. Aquí se advierte la diferencia de tratamiento aplicado a Djerba por esquemático que aquél fuera y por exagerada que pudiera parecer nuestra valoración. Ahora ni rememora, y al no hacerlo, ni reconstruye en su escritura el espacio de la acción. Cuando, dentro de ese bloque de capítulos, se acceda a la ceremonia por la que Bonifaci de Verona será nombrado caballero, insiste en su indumentaria y la de su séquito –lo cual, por una nota previa del autor, parece deberse a una inclinación particular del personaje–. Sólo se dice, en cuanto a la ubicación del ceremonial, que la misa se celebró en «l'església major» que imaginamos «la Seu de Santa María de Cetines» o Partenón, a no ser que fuera la de «Estives» o Tebas pues fue celebrado por «l'arquebisbe d'Estives». Ese es, entre los límites del ducado, el único recorrido que se nos permite sabiendo más o menos exactamente entre que paredes estamos. Referencia excesivamente escueta para un autor que en otra ocasión ha sabido conducirnos más conscientemente y que, en estos mismos capítulos lo prueba, no está falto de recursos lingüísticos y literarios para acentuar sus intenciones. Atenas, por sí misma, no parece fascinar a Ramon Muntaner a no ser por el boato de sus ceremonias y la magnificencia de los personajes que en ellas se dan cita. El *registro cronístico*, y esto lo prueba, necesita compensarse emocionalmente para marcar un punto de superación.

El *registro narrativo*, por su parte, puede salvar ese vacío mediante dos opciones, la benevolente usurpación libresco o la invención del espacio, de su ambientación, que no de su nombre. Por la primera, el narrador de las aventuras de «Curial» avanza hacia un bien construido, pero tópico, alarde libresco. «Curial», a la vez peregrino por los Santos Lugares y abandonado a la disputa de las deidades paganas, acabará por dirigir su galera hacia Atenas, «...aquella ciutat

¹⁴ *Ibidem*, dipl. DXLVIII.

antiga, noble e molt famosa, qui donà leys a Roma, e mirà aquell estudi famós en lo qual la sciència de conèixer Déu se aprenia»¹⁵. Esta enciclopèdica descripció que difícilment ubica a «Curial» para el lector modern en la Atenas real, es ademés mero punt de partida para un peregrinaje por no pocos lugares tópicos de la cultura clásica griega. Una vez dormido «Curial» como estatua yacente¹⁶, aquella primera etapa sólo es prolegómeno para pasar a un espacio aún más abstracto, el Parnaso. Si «Curial» ha ido a Grecia, si ha pasado por Atenas ha sido para llegar a este destino. Lo anterior son meros pasos urgidos por la lógica narrativa e hilvanados con la erudición libresca. «Curial» despertará, coronado y desconcertado, para seguir sus trabajos, en ese punto del texto los que debían haberle hecho pasar por Djerba. Su ida a Atenas, su *tournée* por Grecia es un episodio *leiv motiv* que no amplía la información libresca, ya no mediante la experiencia, sino siquiera mediante la invención que le podían haber permitido los incrementos narrativos.

La otra opción que se reserva el *registro narrativo* es la plena invención. La ficcionalización del espacio literario que, no obstante y en aras de un realismo literario de precedentes llullianos, acepta la presencia en el texto del topónimo constatable. Para recrearlo, claro está, desde una perspectiva ahistórica. Se trata, así pues, de la suplantación del marco narrativo, suplantación subrepticia en la que el narrador alcanza sus mayores cuotas de autonomía con y en su texto. Nadie mejor que Joanot Martorell, aún en las fuentes del citado realismo –tradúzcase como afán de verosimilitud del discurso–, para ofrecer ese logro. Su héroe, el héroe tiernamente condenado a su antiheroicidad, vive bajo esa perspectiva «la cort siciliana» e idénticamente vivirá la geografía mítica de Constantinopla. En el capítulo CDLXV¹⁷, y quizá de la mano de Martí Joan de Galba, «Tirant lo Blanc» arrasa, ciudad tras ciudad, el «Imperi Grec». Pudiera haber pasado por Atenas. Tendría así la oportunidad de detener allí la acción, de inventar su ciudad y su conquista como colofón previo a las inmediatas bodas reales. Pero no lo hace. Ni siquiera como lo hiciera Ramon Muntaner. Mucho menos como el autor del *Curial e Güelfa*. No parece esta una ausencia por omisión como, tal vez, sea la de esta otra novela con Djerba. La ausencia de alguna referencia más o menos específica a Atenas es significativa en nuestro viaje. Atenas, ya en el cuatrocientos y pasados los hechos de la Companyia Catalana que durante el siglo XIV trajeron su nombre hasta el levante catalán, se pierde de nuevo en su sueño letárgico. Si su presencia, libresca por otra parte, se ha colado entre los peregrinajes de «Curial» es, quizá, porque la acción de su relato transcurre en un doscientos documentalmente pasado por el trescientos; quizá porque su autor ha conectado con otros anhelos y fuentes, los que configurarán el tópico de Atenas como cuna de la cultura europea a partir del Renacimiento.

¹⁵ *Curial...*, ed. cit., III, pág. 72.

¹⁶ *Ibidem*, pág. 73.

¹⁷ Ref.: J. Martorell, M. J. de Galba, «*Tirant lo Blanc*» i altres escrits de J. Martorell, ed. M. de Riquer, Barcelona: Ariel, 1979.

Viaje III: Constantinopla. «Jamais ligne plus magnifiquement accidentée n'ondula entre le ciel et l'eau...», sinuoso perfil entre dos azules el de Théophile Gautier para Constantinopla que en 1721 ya había iluminado la visión y la escritura de Ch. de Bellrive en su *Voyage d'Espagne à Bender*¹⁸. El viaje de Gautier y Bellrive, por lo que aquí interesa, supone el culmen de una trayectoria que ha ido superando la experiencia espacial para adentrarse en lo abstracto de la sensación. En nuestro aquí particular viaje a caballo de geografía y escritura, interesa reconocer todavía un primer grado de espacialización que permita la dramatización. En este sentido, y en esta tercera singladura, los documentos cancillerescos se muestran más rigurosos que nunca. En latín o en catalán. Constantinopla no pasa de ser el eje de una geografía –«...a partibus Constantinopolis e Romaniae...»–, la sede del emperador o del patriarca –«...emperador de Constantinoble» y «...patriarcho Constantinopolitano»–, o la ubicación de una acción o situación que centra la atención del diploma –«...civitate Constantinopoli...» y «...la ciutat vostra de Constantinoble...»–. Nada más.

Por su parte, el *registro cronístico*, en manos de Ramon Muntaner y a medio camino entre el escueto tratamiento aplicado a Atenas y el concedido a Djerba, permite una doble entrada del lector a aquel espacio. Bajo la perspectiva del estratega y como diplomático con funciones cortesanas. Desde la primera, el lector conocerá por primera vez el juego de líneas que los modernos irán transformando en calmo zig-zag entre dos azules. Sus colinas quedan sobre las orillas del Bósforo, las que se ven separadas por «...un braç de mar al mig, qui no ha d'ample dues milles»¹⁹. Hay ahí un contenido aliento descriptivo por parte del estratega. El mismo que se desborda en una geografía cercana, el cabo de Galípolis, donde Muntaner se ha demorado más tiempo²⁰. Con esos recursos descriptivos se podría entrar también en la ciudad, para moverse por ella, llegar a un punto concreto –«...lo palau de Blanquerna»²¹– e instalarse para ver alguna celebración áulica. Es dicho palacio y la colina en que se halla, la parte de la ciudad que se asoma sobre el Cuerno de Oro y desde donde Ramon Muntaner puede haber contemplado la geografía que la limita. Es además, construida sobre un barrio populoso, la nueva y lujosa parte noble en la que se vienen construyendo diversas dependencias imperiales desde el siglo XIII. Ramon Muntaner desvía, sin embargo, su atención hacia las ceremonias y rituales que tienen lugar en su interior²² y ya no describe, ni siquiera adjetiva la magnificencia de edificio y salas. Lo mismo que ocurrió en Atenas.

Sobre esos mínimos –espacialización de la geografía exterior, descripción del espacio interior más por los comportamientos humanos que por detalles

¹⁸ Ch. de Bellrive, *Voyage d'Espagne à Bender*, París: P. Huet – P. Prault, 1721, págs. 15–16.

¹⁹ *Les quatre grans cròniques*, ed. cit., pág. 848.

²⁰ *Ibidem*, págs. 854, 855.

²¹ *Ibidem*, pág. 848.

²² *Ibidem*, por ejemplo, pág. 847.

ambientales o valorativos—, el *registro narrativo* puede establecer sendas progresiones. Sobre la primera opción, «Jacob Xalabín» pudiera haber sido la gran baza si su viaje narrativo se hubiera acercado más a la geografía bizantina. Sólo lo hará, rumbo a su fin, cuando «...passà dellà Gal.lipoll, qui és un fort castell»²³. Si la acción de su *Història* se hubiera construido sobre los hechos consumados tras 1453, la anónima tradición hubiera dado —porque ese es su aliento narrativo— noticias de hábitos y referencias de lugares concretos sabiamente implicados en el argumento.

La segunda opción se cifra en la que antes Joanot Martorell no quiso para Atenas y aplicará ampliamente para Constantinopla. La ciudad caida finalmente en manos turcas, tras la defensa apurada por los catalanes comandados por Pere Julià en la zona del Palacio Antiguo, sobre el mar de Mármara, es ahora reinventada a la medida de un juego voluntariamente antiheroico. Desde el momento en que «Tirant» llega a Constantinopla, desde el instante en que accede al palacio y queda obnubilado por los senos de «Carmesina», entre los caps. CXVI y CXVIII, no tenemos porque esperar la reconstrucción de unos muros determinados ni siquiera de unos rituales constatables. Hasta el nombre del emperador baila. El escenario, por su parte, se convierte en un fondo de puertas falsas a la altura de las intenciones de enredo que todo lo van envolviendo y que más semeja a las casas y festejos valencianos de finales del siglo XV, como los que sufriera otro antihéroe, un tanto victimario, el narrador del *Spill* de Jaume Roig:

...En casa mia / si no junyien o no corrien / toros per festa, cascuna sesta / fins llums anceses moltes enteses / (o s'ho cuidaven, les que filaven, / com diu la gent, ab fus d'argent) / s'hi ajuntaven. També hi cridaven / jovens sabits...²⁴.

«Tirant» pasa por ese palacio de ficción para salir con un motivo —una dama— por el que luchar. Viaje por tanto de intención claramente novelesca. «Tirant» volverá para morir a sus puertas, cuando tenía que haber entrado como héroe y futuro emperador. Desde el catafalco en que se le honra, seguirá en el escenario de una Constantinopla que, atada a Valencia, más anuncia las ceremonias de los túmulos y las coronas funerarias del barroco que nos acerca a la realidad histórica. Martorell, quizá ya Galba, culminan la utópica recuperación del antiguo Bizancio mediante una espacialización absolutamente falsificada en la que el lector, no obstante, se mueve con verosimilitud. La que le asegura el haber pactado de entrada las reglas del juego. También para él, al menos en la escritura, el viaje ha llegado a su fin.

En el regreso. Los presupuestos para el anterior itinerario se hallan en las ideas establecidas en nuestra anterior reunión en Segovia. Progresión de la

²³ *Història de Jacob Xalabín*, ed. A. Pacheco, Barcelona: Barcino, 1964, pág. 140.

²⁴ J. Roig, *Espill o llibre de les dones*, ed. M. Gustà, Barcelona: Ed. 62 – La Caixa, 1978, pág. 61.

escritura, progresión en el tiempo. Reconducidas por la temática del viaje, el presente contenido se instala en un Proyecto de Investigación entonces anunciado, ahora ya interuniversitario, que aborda la existencia del libro de viajes, del propio concepto de viaje en la literatura medieval. Dicho Proyecto ofrece ya como primeros resultados un bloque de artículos en la *Revista de Filología Románica*, 7 (1990), y la participación en el XIX Congreso Internacional de Filología y Lingüística Románicas (Santiago de Compostela, sept. de 1989). Ahora y sobre lo aquí presentado –por justificar un juego cuya partida no veo cerrada–, sólo añadir que si la ordenación y superposición de textos cancillerescos seguidos de cronísticos y narrativos no siempre ofrece un aumento de logros espacializadores y si en ocasiones el paso previo supera al que continúa, esa es sorpresa agradable para la propia hipótesis de trabajo. La que confirma que la aventura de la lectura puede escapar a los rigores filológicos. Afortunadamente.